

ellos reprodujeron en su libro mencionado: «Buenos Aires, septiembre/82. Queridos Rebe y León: Se imaginan ustedes qué tránsito de emociones me está recorriendo en estos días de reencuentro —después de seis años— con nuestro país (ese país que tantas veces es sólo Buenos Aires y que tantas otras, para mí, es sólo una ciudad del río azul, Concepción del Uruguay, en Entre Ríos, mi país). Decía Elías Canetti que en la ebriedad los pueblos son uno y el mismo pueblo. Reconozco que este reencuentro pone ebrio al más pintado. Y en esa particular ebriedad donde lo vivido, la nostalgia, lo permanente y siempre nuevo, las paredes reconocidas y las calles familiares, lo que mis amigos han vivido al margen de mí, lo proscripto y lo entrañable, la historia que me pertenece y la que siento ajena, el deseo siempre joven y la consciencia de una realidad que me trasciende, esa vieja alteridad que nunca ha dejado de habitar mis venas, todo ello, queridos Rebe y León, hacen de esta experiencia una especie de animal bifronte con una mirada dirigida a lo que fue mío y otra fascinada por lo que ya dejó de serlo y sigue siéndolo. En esta borrachera se imaginarán que no estoy en condiciones ideales para objetivar (y en ese caso servir a los demás) porque a mi congénita incapacidad para enunciar fácilmente lo verdadero se suma esta vez el riesgo constante de enunciar, apresuradamente, una mentira. Por ello, aunque reprimiendo lo que nace espontáneamente de mi consciencia y de mi esternón, trato de hacerme cargo de la más cálida discreción ante la palabra decisiva. En este aspecto tengo tanto que aprender de Roberto Arlt como de Klossowski: una palabra decisiva es siempre transitoria. Metafísica mediante. Sería bueno aunque quizá menos significativo poder contarles los encuentros con amigos, las nuevas anécdotas que califican esta nueva realidad, la imaginación enorme con que ellos (los que se quedaron) van delineando esa realidad y haciéndose cargo de su necesidad de vida y de ilusión, la lucha cotidiana que han sabido (¿en situaciones así se sabe?) llevar adelante para salvaguardar el derecho a la esperanza, la historia de todos los días con su monto de incertidumbre y temor ante el futuro (y el dolor por el presente) que han ido dibujando en las mismas calles donde yo, hace algunos años nomás, compartía la vicisitud de ser argentino. Y quizá sea esto una sensación microdelirante, pero siento en este momento que, años y distancia de por medio,

un mismo cuerpo nos encuadra y una misma y honda nostalgia nos sucede: lo que pudo haber sido. Quizás en esta melopea algo quejica esté una parte de nuestro reconocimiento. Naturalmente, la realidad tiene sus propias y a veces ásperas leyes y no consiente fácilmente ciertas vibraciones viscerales. Pero creo que es importante decirles a ustedes que no soy aquí un extranjero despistado y que, a la vez, no soy un protagonista frontal de esta historia. Soy —¡vaya que me asusta el verbo!— una parte, una provincia, de este país mental que tanto me moviliza emocionalmente. ¿Cómo explicarles esta disyuntiva, quizás esta contradicción, donde la consciencia no debilita el deseo y la alteridad no imposibilita la integración? Recuerdo aquello de Cioran: después del psicoanálisis nadie podrá volver a ser inocente. Y no obstante, pese a haber vivido en este psicoanálisis límite de la emigración y de la distancia con lo querido, siento que mi inocencia aún subsiste, allí donde una lágrima pesa más que una consciencia y un estremecimiento habla más que todas las palabras. En ese nivel, queridos Rebe y León, este viaje es absolutamente conmovedor. Y no obstante, no quisiera dejar en ustedes una impresión equívoca: quizá sirvan estos versos que no hace mucho pergeñé para una letra de tango:

*El exilio es de bolitas
hoy canicas diplomadas
el exilio es de pebeta
hoy gallego frenesi
el exilio es de tu orsai
viejo Manzi, vieja calma,
hoy es verso de Gerardo:
estás en todo y todo en mí.*

No sé si me explico. En este mismo momento, aquí, en plena calle Corrientes al 1500, frente al Teatro Libertador General San Martín, bolitas remite a lo vivido e integrado en muchos años de existencia y canicas a una realidad que hoy por hoy me pertenece y me alimenta, aún en mis momentos de nostalgia o más aún en ellos. Releo estas líneas y seguramente tienen más de luz que de claridad, pero ustedes saben que al fin de cuentas, bueno o malo, un poeta obstinado me galopa la sangre. Pensarlos a ustedes en este momento allá es saber que a mi regreso charlaremos largo y eso ya es bueno. Un fuerte abrazo: el de siempre. Arnoldo».

Bolitas y canicas: casi una regresión a lo más infantil de nosotros mismos. ¿De qué manera esas bolitas se hicieron canicas? La vida es, lo sabemos bien, un giroscopio cromático de sentimientos que en ningún momento se detiene y cada día, lo sabemos aún mejor, es la insistente memoria de lo que ya no es y el intento siempre terco de recrear lo que acaba de desaparecer. No obstante, el exilio empuja a crear (con lo que tiene de antes y de ahora) un espacio propio, con nuevos temblores, nuevos amigos, nuevos espacios de creatividad y trabajo, nuevos leños con los que encender el hogar todas las mañanas. Es, además, ingente esfuerzo, capacidad de renuncia, tensión psíquica diaria, desafío a nuestra posibilidad de darle nuevamente sentido a la vida. Nuevas calles, nuevos nombres, nuevos códigos, nuevas idiosincrasias, todo es progresivamente asumido por el exiliado, que comienza, momento a momento, cada vez más eficientemente, a aceptar su inédita pertenencia a ese otro entorno. Una calle comienza otra vez a llamarse de acuerdo a nuestro deseo, un mínimo gesto comienza a ganarse una reciente complicidad, un vientre inesperado y extraño renace en nosotros la significación esencial de nuestro vínculo con lo maravilloso. Nuestra pobreza comienza a amainar y nuestra contingencia, a vestirse con el ropaje de la estabilidad. Poco a poco la lengua, las costumbres y las emociones ajenas comienzan a personalizarse, remitiendo lo siniestro (lo que Freud llamó *unheimlich*) a su lugar de residencia primitivo. La cotidiana novedad que exige, sustituye en nuestro mundo interno al silencio del miedo y el extrañamiento. Un incipiente arraigo comienza a crecer en medio de la lucha diaria y la necesidad de reconocimiento. ¿Hay un límite en ese renovado crecimiento? Claro que lo hay. La integración con nuestro país de adopción tiene un límite: nunca seremos «uno de ellos», nunca podremos compartirlo todo, «ellos no saben que fui niño» (como decía un paciente de Marcelo Villar). Es el precio que hay que pagar. Los Grinberg traen el caso de un paciente que al llegar a España había notado su dificultad en saber cómo comportarse para ser aceptado por los nativos y había decidido intentarlo con lealtad. Se pudo ver que, inconscientemente, lo que él llamaba lealtad implicaba un sometimiento para aplacar a los que temía como perseguidores, así como en otros momentos, correspondía a una formación reactiva tendiente a contrarrestar a su pro-

pio desprecio y rechazo por los demás. Un caso seguramente muy frecuente. Descubrir que en realidad los españoles hablan otra lengua que para nosotros es cosa de todos los días. Héroe al bajar del avión, tiempo más tarde somos extranjeros que necesitamos aprender incluso el castellano. Porque de lengua materna se trata. Porque no es cuestión de vocalización o acento sino de la memoria esencial de nuestro cuerpo, de las canciones dactiloscópicas de la infancia, de las corcheas primitivas que han sonorizado nuestras dependencias más primarias, de la envoltura sonora que ha cubierto nuestra piel fundacional.

De personajes nos transformamos, por imperio de la necesidad cotidiana, en personas, que no somos distintos de los demás aunque nos sentimos (y nos sienten) así. Primero fascinados, luego aprehensivos, más tarde diseñados de acuerdo a las necesidades de mutua convivencia, tanto los nativos como los exiliados buscan un espacio compartible.

Existe un hecho que señala una metáfora viva de nuestra experiencia en España: el uso del *ustedes*, de la segunda persona del plural en el diálogo con el nativo. No hay disfraz más endeble, desenmascaramiento más evidente, que el del lenguaje. *Ustedes* es para nosotros —metafórica y realmente— el *vosotros* inaccesible y a la vez el juicio que dictamina la distancia eterna. En un segundo anulamos meses de esfuerzo: sellamos nuestro carnet de identidad. El *ustedes* es la decepción de una esperanza, el desengaño súbito de una expectativa inconsciente, el rotundo fracaso de la prótesis. No hay taxista en Madrid que no me hable de Argentina (siempre con respeto) cuando tropiezo en la conversación y digo *ustedes* como si me arrancara un antifaz. En ningún momento he tratado voluntariamente de hablar «en gallego» pero la impregnación insidiosa, sutil, tenue, vaporosa, se produce en cada instante de nuestras vidas, y mi lenguaje hoy es una mixtura *made in exilio* de español y argentino. Sólo el *ustedes* es insobornable, como si un antiguo sarampión hubiera dejado, ya para siempre, una marca de su pasada existencia. Uno finaliza sonriendo para sus adentros: no es el taxista quien recuerda la Argentina, es nuestra marca de fábrica. Hemos trasvasado diversas fronteras menos una: la frontera interior. El *ustedes* denuncia nuestra doblez, imprime el énfasis ambiguo de una cicatriz, rompe la homogeneidad provisional. El pasado —esa pátina es-

table, lo he dicho antes— grita a voz en cuello. Esa madre abandonada «tiene garfios», como escribiría Kafka. Lo que falta trasciende por sobre lo que hay: se trata de un vacío que reclama, de un vientre llamado ausencia. Toda la obstinación de un exiliado es no transformarse en un fanático de la ausencia. Vive para la tregua que busca domicilio pero, errante al fin, sabe que un súbito énfasis puede despegarlo incluso de sí mismo. Puede llegar a sentirse un desarraigado eterno: teme no pertenecer a ningún lugar, ningún tiempo y ningún amor. Un presente siempre en suspenso es el pago que debe efectuar por una prórroga vital. Sobrevivir es un prolongado y testarudo instinto que puede empujarnos a renunciar progresivamente a nuestra autenticidad. Enamorados melancólicos del espacio perdido —como nos llama Julia Kristeva— sólo podemos atinar al paraíso posible a través del latido del amor reencontrado, lo que nos arroja al mayor de los desafíos: hacer el amor con una presencia para no seguir haciéndolo con un eclipse. De sentirnos rehén de una ausencia (Finkelkraut) deseamos transformarnos en dueños de una pasión. De aquella libertad libérrima con que te precinta el exilio —la omnipotencia dramática de la soledad— buscamos la embriaguez de un cuerpo cómplice y anfitrión, que extienda sus brazos para que en ellos se refugien todos los espejismos. Algunos de nosotros encontramos ese cuerpo, ese pilar litúrgico donde nuestro desamparo metafísico se hizo recepción y júbilo. Otros no lo han logrado. Aquellos que lograron escuchar su destierro como un furioso ruido han escrito en el pentagrama del amor el sonido envidiable de su pasión sensual. Otros, sólo el abismo de la orfandad. Unos, la leche caliente de la otredad compartida; otros, la oscura terquedad del duelo patológico. Es justamente allí donde se dibuja —para el exiliado— el sendero de los caminos que se bifurcan.

Mientras tanto la patria —¿cómo llamarla?— nos llama. En algún rincón de nosotros mismos la familia, la sangre, la tierra, nos importunan con su convocatoria elemental. La madre tiene garfios pero también añoranzas y sabe de lo que éramos capaces de dar en aquellas esquinas perdidas. Fusionar aquel llamado con este estremecimiento, aquella nostalgia con este cuerpo, lo físicamente perdido con lo entrañablemente encontrado, es tarea, repito, de titanes y emergente del amor asombrado.

Porque esa mujer, España, tiene resonancias de mujer bíblica, de Ruth, la moabita. Ella nunca se hubiera entregado a ese argentino si aquel exilio no se hubiera producido. Y ese argentino no hubiera encontrado aquel único e inquietante amor si nada hubiera pasado en su país. Un cúmulo inimaginable de coincidencias debe darse para que un exiliado encuentre en el Otro su reparación histórica y su plenitud apasionada. Pero, insisto, no es este privilegio de mayorías. Siempre el déficit de amor hace las cosas más difíciles. Claro que cuando no se quiere lo imposible, no se quiere, había escrito Antonio Porchia, pero el exiliado lleva sus manos vacías por lo que hubo en sus manos. Quizás es ese vacío imposible de llenar el que lo impulsa al retorno pero también al desgarramiento del regreso.

Recuerdo un ejemplo inverso: Geno Díaz, humorista y novelista gallego que vivió en Buenos Aires, me repetía permanentemente: «No soy de aquí ni de allá. Cuando estoy aquí echo de menos mi pueblo, cuando estoy en él, echo de menos Baires». Quizá Geno puntualizaba la más inexorable de las amputaciones: nunca más podríamos encontrarnos con nuestro cuerpo entero. No seguir día a día los cambios es estar condenado al propio y súbito cambio. Si el amigo que reencuentro a mi regreso tiene más canas o más arrugas, no compartió conmigo esas vicisitudes. Si muchos han muerto a lo largo de estos años, se han muerto para mí todos el mismo día. Si mis sobrinos han crecido, no he asistido a ese crecimiento. Para siempre, nada podrá ser reintegrado totalmente en nuestro mundo interno.

Desde allí se instala lo fragmentario: ese aguacero tornadizo que nos indica —contra toda ley gestáltica— que el todo no es más que la suma de las partes sino la parte momentánea y privilegiada de acceso al absoluto. Geno Díaz murió sin saber a ciencia cierta a dónde pertenecía. Al comienzo de estas reflexiones, decía que la memoria es también espejo del presente porque en su trabajo de reconstrucción selecciona y en este reordenamiento permanente hace del hoy un siempre y renovado ayer, una instancia siempre subjetiva. Toda vivencia pasada está expuesta a esa dinámica de la reelaboración donde nuevos significados, nuevas reconquistas, nuevas evidencias, hacen que estemos en eterna ebullición, con el mundo interno hecho de tozudo asombro. Borges mismo lo decía más o menos así: no vivimos por costumbre, vivimos